

**D**esde hace varias décadas se discute mucho sobre el cambio climático a escala planetaria, y a pesar de las posturas que defienden intereses nacionales o regionales así como de algunos sectores, los hechos se imponen. El aumento en las temperaturas de verano en Europa, que provocó miles de muertos, fue una tragedia que sólo se conocía en países del llamado tercer mundo, igualmente el aumento en la frecuencia y magnitud de fenómenos atmosféricos, como los ciclones —el caso de Florida—, que afectan a los países que detentan el poder de decisión en los organismos internacionales, al parecer lograron más que las innumerables rondas sostenidas al respecto. Sin embargo, aún falta pasar a la acción, a la toma de medidas concretas que permitan mitigar las alteraciones resultantes de una industrialización impulsada sin pensar en sus efectos globales o locales.

Es innegable que todos los seres vivos transforman su entorno, afectando a otros, provocando cambios que a su vez pueden implicar novedosas relaciones con el nuevo entorno y sus habitantes. El ser humano no es la excepción. A lo largo de su historia ha inducido cambios de distinta naturaleza, voluntaria o involuntariamente, allí donde se ha establecido. La vida, desde su aparición sobre la Tierra, es un proceso dinámico e impredecible. Sin embargo, los cambios que ha sufrido el planeta en diferentes escalas, de lo local a lo global, tuvieron lugar a un ritmo distinto, mucho más lento por lo que se conoce, incluidos los «bruscos», como la extinción de grupos de seres vivos. Nunca antes el ritmo de tales transformaciones había alcanzado la magnitud actual. En menos de cien años, gran parte de la superficie de la Tierra ha sufrido cambios acelerados y los efectos globales son cada vez más patentes. La disminución del tamaño de los glaciares, el aumento de CO<sub>2</sub>, la reducción de la cobertura vegetal, la desertificación de varias regiones del mundo; en fin, una serie de alteraciones que resultan de la actividad humana organizada como lo está ahora.

Es evidente que el actual modo de producir, de consumir, aunado a las relaciones de desigualdad predominantes, las cuales se han incrementado en las últimas décadas, son varios de los factores que ocasionan esta problemática. Por ejemplo, los subsidios a la agricultura en los países del primer mundo, una actividad industrializada, con enormes insumos y muy contaminante, bloquean el acceso a los mercados de los productos de países muy pobres, que generalmente practican una agricultura menos contaminante —salvo cuando emplean algún agroquímico prohibido en el primer mundo. No es raro entonces que tengan que hacer un uso destructivo de los recursos para paliar la falta de ingresos.

La solución a este grave problema no es sencilla. Es tal la complejidad del cambio global, por las diversas escalas y factores que intervienen, que las propuestas para mitigarlo sólo podrán ser eficientes si se logran articular, sin perder la visión de conjunto. El desarrollo sustentable es una de las propuestas que más expectativas ha generado, pero cada vez resulta más un concepto puramente teórico, cuando no confuso o francamente ineficiente, sobre todo cuando se vuelve instrumento de planeación impulsado desde las oficinas de agencias internacionales y nacionales sin tomar en cuenta los colectivos locales, las personas involucradas en cada una de las escalas, los intereses y conflictos en juego. Es por ello que en la búsqueda de soluciones, y en la definición de lo que se pretende cobijar bajo el término de desarrollo, es preciso un mayor ejercicio de la democracia, una mayor discusión de las medidas a impulsar, de las propuestas, incluidas aquellas formuladas por los científicos —la ciudadanización de la ciencia—, sin olvidar los factores económicos y sociales, y las lacerantes desigualdades que prevalecen a escala global y nacional. Con este número *Ciencias* participa en esta reflexión, cada vez más necesaria, y espera aportar distintos puntos de vista para enriquecer la discusión. ✨